

pecie de locura resolvieron quitar la vida al monarca: el mas osado de ellos penetró en la cámara real á boca de noche con intento de atravesar á Esteban con una espada desnuda que llevaba debajo de la capa; mas la Virgen detuvo á aquel malvado y le infundió tal terror, que se le cayó la espada de las manos. El ruido despertó al rey, que empezó á llamar á sus guardias. Sin tardanza acudieron y aprehendieron al asesino; mas el bondadoso monarca viéndole postrado á sus pies y con muestras de arrepentimiento le perdonó en el acto.

XXXVIII. Llegamos á su dichosa muerte, que nadie dudará fué dispuesta por la virgen María, si se recuerda que ocurrió en el dia mismo de la Asuncion. Este esclarecido príncipe habia recibido aviso del cielo, cuando congregó á los príncipes, prelados y grandes de su reino, con quienes trató del sucesor de la corona y les dió muchos y buenos consejos y su última bendicion. Hecho esto, como ningun otro cuidado atormentase su ánimo, levantó los ojos al cielo y se entretuvo largo tiempo en amorosos coloquios con su dulcísima madre, encomendándole su reino y suplicándola recibiese en sus manos una pobre alma de que habia tenido á bien encargarse. Apenas habia dicho el siervo de Dios y de Maria estas palabras, voló su espíritu al cielo en las manos de la que le esperaba para hacerle participe de su glorioso triunfo. Ocurrió el dichoso tránsito de Esteban el 15 de agosto del año 1050 de nuestra redencion; no obstante su fiesta se celebra el 20 del mismo mes con motivo, á lo que creo, de lo que aconteció cinco dias despues de su muerte. Habia sido enterrado en la magnífica iglesia de nuestra señora edificada por él y puesto en un ataúd de mármol blanco. No sé con qué motivo el rey su sucesor mandó abrirle, y en vez del olor hediondo que sale de los demás sepulcros, salió de aquel un aroma muy grato que inundó toda la iglesia. El rey se

acercó para averiguar de dónde salia tal perfume, y advirtió que el cuerpo del difunto estaba empapado en un líquido amarillento semejante al aceite ó al maná derretido; pero sin comparacion mas grato que todos los bálsamos de Oriente. Como no se hallase el anillo con que habia sido enterrado, mandó el rey sacar el cuerpo del féretro para buscarle mas fácilmente; pero cuantos mas vasos se sacaban de aquel líquido, mas crecia: la maravilla llegó á su colmo cuando al querer volver al ataúd todo el líquido que se habia sacado no se notó que hubiese mas que antes. ¿Qué dirá á esto el lector? ¿A quién encontraremos que recompense con esta esplendidez verdaderamente régia hasta los mas pequeños servicios?

*Juan I, duque de Lorena.*

XXXIX. Entre los duques de Lorena siempre será muy gloriosa la memoria de Juan I como de un príncipe dotado de muchas virtudes y gran siervo de la Virgen, segun lo manifestó en el hecho siguiente. Se habian reunido tantos ladrones en Woringhen en los estados del elector de Colonia, que formaban un cuerpo considerable y ocupaban todo el llano. Ya eran temibles no solo á los comerciantes y particulares, que no se atrevian á salir, sino á los príncipes comarcanos y á las ciudades aledañas. Por este comun temor los duques de Juliers y Mons se unieron al elector de Colonia, y todos ellos se dirigieron al duque de Lorena, que tambien lo era de Brabante, suplicándole humildemente los ayudase á arrojar á aquellos salteadores de su guarida. El de Lorena, príncipe animoso y valiente, accedió á tan justa petición, y habiendo levantado algunas tropas y encomendándose de todas veras á su protectora la Virgen se fué derecho á Woringhen para cercar á los ladrones, que

le salieron al encuentro. El combate fué terrible y sangriento entre los que defendian la gloria de Dios, la justicia y el sosiego de aquellos paises, y los que peleaban por salvar la vida y continuar en su detestable profesion; mas el auxilio del cielo fué bien visible, pues aunque los ladrones eran diez veces mas en número que las tropas del duque, este hizo gran mortandad en los bandidos y obligó á los que no cayeron prisioneros á huir vergonzosamente: su pérdida fué muy corta. Agradecido á la proteccion de la Virgen, que tan claramente se manifestó en este reencuentro, instituyó una fiesta de nuestra señora de la Victoria, que se celebra solemnemente todos los años en Bruselas el dia 5 de junio.

*El duque Antonio.*

XL. Recuerdo haber discurrido largamente de la piedad del duque Antonio y de las victorias que alcanzó por la intercesion de la Virgen santísima, cuando hablé de nuestra señora de S. Jorge, que está en la ciudad de Nancy, en el capitulo II del tratado primero.

*Enrique II.*

XLI. Enrique II, príncipe sumamente pio, era tan devoto de la Virgen santísima, que con solo oír nombrarla se enternecía, y no hubiera podido negar ninguna cosa que se le pidiese por el amor de la madre de Dios. Ayunaba en reverencia de ella todos los sábados al modo que se acostumbra ayunar el viernes santo, absteniéndose en general de todo lo que ha tenido vida. Celebraba con gran devocion las fiestas de nuestra señora y muchas veces se postraba ante el altar de la Virgen que hay en la iglesia de S. Jorge, á donde asistía por lo comun á las letanias que de órden de su mu-

jer la princesa Margarita de Gonzaga se cantaban todos los dias segun se cantan en la santa capilla de Loreto. A lo que puede creerse esta bondadosa madre fué la que le dió un corazon tan bueno y compasivo, le alcanzó un reinado próspero y tranquilo y le impetró una muerte envidiable. Afligiale un accidente de apoplejía que le tenia embargados los sentidos, y nuestra señora le envió el dignísimo obispo de Tul Juan des Porcelets, el cual sabiendo por qué lado era mas sensible el moribundo príncipe tocó la cuerda de la devocion á la Virgen y poniéndole á la vista con vivos colores los diversos titulos que le da la iglesia en la letania lauretana, le despertó como de un profundo sueño y le movió á hacer reiterados actos de fé, esperanza, caridad, contricion, humildad y resignacion con la voluntad de Dios, arrancándole lágrimas de compuncion, que derramaron tambien en abundancia todos los circunstantes. No pidió otro favor sino que le enterraran al pie del altar de nuestra señora de S. Jorge; pero de noche y sin pompa, juzgándose indigno del aparato y ceremonial con que son llevados á enterrar los príncipes. Fundó una misa cantada en el mismo altar para todas las vigiliass de nuestra señora y dejó otras muchas muestras de su piedad.

*Francisco II.*

XLII. Francisco II, hermano del anterior, realzó extraordinariamente la devocion de María santísima, que parece hereditaria en la esclarecida casa de Lorena. Para un príncipe acostumbrado á frecuentar los sacramentos sería decir poco que nunca dejó de hacerlo en las fiestas solemnes de la Virgen; pero lo que conviene á muy pocos príncipes de su mérito, es que para captarse la gracia de la reina del cielo quiso ser de los primeros que se alistaron en la congregacion de nuestra

señora erigida en el noviciado de la compañía de Jesus de Nancy y trasladada despues al colegio de la misma, no cesando de asistir á los ejercicios espirituales de dicha cofradía siempre que se lo permitian sus ocupaciones. ¡Cuánto agrada á todos los habitantes verle ir diariamente á saludar á nuestra señora del Buen socorro extramuros de Nancy, sin que la estacion, ni el temporal entibien los impulsos de su devocion! El cielo es testigo de las mercedes que este buen principe ha recibido por su piedad, y los que tienen la honra de servirle inmediatos á su persona, saben en cuántas ocasiones se le ha mostrado María madre buena y cariñosa.

*Carlos IV.*

XLIII. Carlos IV, ahora reinante, sigue en este punto como en todos las huellas de la piedad paterna, y la congregacion citada se gloria de verle á veces practicando los devotos ejercicios de instituto. No puede uno menos de enternecerse cuando le ve derramar su corazon ante un altar de la Virgen: tales son los sentimientos de fervor con que lo hace. Por esto tengo una firme esperanza de que asi como nuestra señora le ha protegido hasta ahora en muchas ocasiones, lo hará en adelante y dará cada vez mayor realce á las grandes prendas de que le ha dotado el cielo.

*Felipe el bueno.*

XLIV. Felipe el bueno, duque de Borgoña y de Brabant y conde de Flandes y Artois, fué muy devoto y amante de la reina del cielo, y de ello dejó pruebas preciosas é innegables en la iglesia de nuestra señora de Hault. La imágen de plata dorada de la misma Virgen con una corona de oro fino en la cabeza y una rosa

de perlas gruesas en el pecho, los doce apóstoles, los dos ángeles con sus candelabros, las dos figuras de plata, una á caballo y otra á pie, las dos de oro fino que habia antes en la misma actitud, y la lámpara de oro que arde ante la milagrosa imágen, son otras tantas pruebas irrecusables de la piedad cordial de este principe hácia María santísima. El docto Lipsio, que recopiló las maravillas de nuestra señora de Hault, notó antes que yo que la Virgen supo muy bien desquitarse, porque á mas de otras muchas gracias le alcanzó la de reunir todas las provincias del Pais Bajo, que antes estaban desunidas.

XLV. La devocion de este principe á nuestra señora de Hault me trae á la memoria la del serenísimo archiduque Alberto, principe de los Países Bajos, que murió en Bruselas el año 1621. Con frecuencia iba á orar ante la que preside en aquel santuario, y la preciosa lámpara de plata que costeó para que luzca perpetuamente ante la sagrada imágen, será para los siglos venideros una muestra del afecto que le tenia. Pero como su mas tierna devocion era á nuestra señora de Monteagudo, dejó allí otros vestigios de su piedad y liberalidad, pues no solo construyó la capilla donde está la milagrosa imágen, sino la pertrechó de ricos ornamentos. Dió á la iglesia las alhajas y joyas de mas valor que habia heredado de sus hermanos los emperadores Rodolfo y Matias, y los que han visto estos presentes, afirman que hay piezas de incalculable precio. Desde muchos años antes de morir no dejó nunca de ir anualmente á celebrar una novena á la sagrada imágen y dar algunas muestras de su regia liberalidad. Cuando la necesidad le obligó á dejar el traje de cardenal que habia vestido por algun tiempo, depositó en aquella capilla la sagrada púrpura y se ciñó un tahali protestando que no cambiaba de condicion sino para mayor servicio de la igle-

sia y para depender de ella en todo y por todo lo mismo bajo el manto ducal que bajo la muceta y el roquete. Por esto la Virgen, que siempre recompensa los servicios que recibe, contribuyó sobremanera á hacerle un príncipe insigne en justicia, valor, piedad, sabiduría y todas las demas prendas que pueden merecer grata memoria y granjearse el amor de propios y de extraños.

XLVI. Seria cuento de nunca acabar, si yo intentase acotar aquí los ejemplos de todos los príncipes que se señalaron por esta devocion y experimentaron ser una de las mas provechosas que ha dejado Dios á su iglesia. Lo poco que he dicho hasta ahora bastará para juzgar de los demás.

*Santa Batilde.*

XLVII. Entre las reinas especialmente devotas de la madre de Dios es digna de mencion santa Batilde, mujer de Clodoveo II. Esta princesa dió una buena prueba de su piedad en la fundación del monasterio de Chelles; pero no tardó mucho tiempo en coger el fruto, porque muerto el rey su esposo, entró en él para hacerse templo vivo de la majestad divina. Poco tiempo antes de morir fué avisada del dia de su tránsito y vió una escala rodeada de espíritus bienaventurados y apoyada en el altar de nuestra señora, que remataba en el cielo, y le fué dicho que aquel era el camino por donde subiria á la mansion de la eterna bienaventuranza.

*Santa Margarita de Hungría.*

XLVIII. La incomparable devocion de santa Margarita, hija de Bela, rey de Hungría, merecia un capítulo aparte. A la edad de tres años comenzó esta santa á rezar todos los dias el oficio de nuestra señora, y cuando era mas grandecita, siempre que encontraba alguna imágen

de la Virgen, se postraba en tierra y rezaba una Ave, Maria, cuya oracion repetia mil veces al dia en los ocho que preceden á las fiestas principales de la madre de Dios. Con esta devocion se sentia tan confortada, que nada le parecia imposible; y no puede decirse en breves palabras cuánto aprovechó por este medio. Si alguno desea saberlo, lo hallará en su Vida.

XLIX. Juana, princesa de Portugal, tiene derecho de ocupar un lugar entre las reinas no solo por haber estado dotada de todas las prendas reales, sino por haber gobernado el reino mientras su padre Alfonso V y su hermano Juan II estaban ocupados en la conquista de Berberia. Esta princesa fué cumplida en todas las perfecciones que pueden dar realce á una reina y hacerla admirable al mundo; pero mucho mas en las que son capaces de regocijar al cielo y captarse el cariño de Dios. La devocion y confianza que tuvo en la Virgen santísima, fué una de las perlas mas preciosas de su corona, y bien pudo ella conocer su valor en diferentes ocasiones; pero especialmente en la defensa de su castidad que hizo la misma Virgen. Era tenuta por la princesa mas hermosa de la tierra, y los que lograban la dicha de verla, confesaban que ni la inventiva de los hombres, ni la habilidad del arte no podian hacer una cosa mas agradada. Esta singular hermosura acompañada de todo género de prendas eminentes hizo tan fuerte impresion en el corazon de tres grandes príncipes, que por milagro pudo ella deshacerse de sus sollicitaciones; pero la reina de las vírgenes le habia infundido tal amor á la castidad, que no fué posible vencerla. Mientras me preparo á contar los sucesos de esta buena princesa, figurémonos verla en el estado en que se presentó á su padre cuando volvia victorioso de Africa. Habíase engalanado para salir á recibirle, como si fuera el dia de su boda, y las galas y aderezos daban tal realce á su hermosura, que

cuantos la miraban la tenían por un ángel bajado del cielo mas bien que por una criatura de la tierra. Su padre quedó tan sorprendido y prendado, que parecía dispuesto á concederle todo cuanto pidiera. Bien lo conoció ella, y por eso se adornó así para pedir al rey lo que no podía sospechar quien no tuviera un cabal conocimiento de su incomparable virtud. Con efecto ¿quién habia de persuadirse á que una princesa tan agraciada y digna de casarse con el primer monarca del mundo hubiese de pedir en un día de público regocijo licencia para consagrarse únicamente al servicio de Dios? Si hubieran atravesado el corazón de su amante padre con una flecha, no habria sentido mas la herida que la que le causó aquella petición inesperada. No obstante como era temeroso de Dios, no tuvo valor para negársela; pero se quedó suspenso y sin poder responder una palabra. Su hija tomando este silencio por un permiso tácito arregló sus cosas lo mejor que pudo, y desde luego practicó todas las diligencias para apresurar su entrada en la religion. Acompañáronla al convento su hermano el príncipe Juan, algunos prelados y los principales señores de la corte, que se vistieron de luto como si la llevaran á enterrar.

L. La princesa creia estar en su monasterio de Aveiro como en un asilo de donde no solo no habia medio de sacarla, sino que ni aun podía pensarse en ello, cuando recibió dos recios asaltos casi uno sobre otro, capaces de quebrantar un corazón de piedra. El primero le vino en vida de su padre de parte de Maximiliano, rey de romanos é hijo del emperador Federico III, que la solicitó por esposa á pocos meses de su entrada en la religion. Sirvió de medianero el príncipe Juan, y no omitió ninguno de los medios que podian ablandar un corazón menos firme que el de su hermana; pero esta discreta princesa viendo que no habia otro medio de li-

brarse le suplicó con muchísima humildad que no prosiguiera su discurso, si queria continuar siendo buen hermano como lo habia sido hasta entonces, y conservar el cariño de su hermana. El segundo asalto se dió á esta despues de muerto Alfonso: según los historiadores portugueses Carlos VIII de Francia pidió al rey de Portugal la mano de la princesa Juana. Este cariño habia echado profundísimas raices en el corazón del monarca francés, porque su padre Luis XI habia pedido el retrato de la princesa de Portugal, según he dicho ya en otro lugar, y cuando le vió, se postró en tierra para adorar al original de toda la hermosura criada, que habia producido una obra tan excelente en sus dias. Desde entonces fué tomando pábulo este fuego en el corazón de Carlos y estalló con violencia así que se sentó en el trono. Aunque mantenía tan estrecha amistad con Juan II de Portugal, que solia decir que si todos los príncipes de Europa conspirasen contra él, era capaz de hacer cara á todos ellos con solo su buen hermano Juan, cuando trató de pedir á este la mano de la princesa Juana, juntó á los ruegos y súplicas de amigo la amenaza de declararle la guerra en caso que no se hiciese la boda. Así que llegaron los embajadores de Carlos, pasó el rey en persona á Aveiro para proponer á su hermana la pretension del francés; pero la encontró tan inflexible como antes. Entonces empleó todos los recursos que puede discurrir un hombre ganoso de aceptar tan buen partido, deseoso de acceder á la honorífica pretension de un gran rey su amigo y desasosegado con el temor de una ruptura inminente. Preguntó repetidas veces á su hermana en qué la habia deservido para que quisiese ocasionar su perdicion y la ruina del reino, y alegó tantas razones, que no pudiendo ya mas la infeliz princesa pidió de término hasta el otro dia para consultar con la Virgen santísima su madre y con Jesus, á

quien de antiguo habia elegido por esposo. Juana se encerró en su aposento, se postró ante una imágen de María que tenia en su oratorio, y regando el suelo con sus lágrimas dijo á la madre de misericordia lo que no es dable expresar. Hablaba con los ojos, con las manos, con la lengua y con el corazon, y suplicaba encarecidamente á nuestra señora por todo cuanto ama en el cielo y en la tierra, se dignase de socorrerla en aquel lance. ¡Cosa admirable! En un instante se quedó su semblante mas sereno que un dia de estío, y su corazon se sosegó enteramente. Al otro dia el rey que no habia podido dormir en toda la noche, volvió á ver á su hermana preparado para un nuevo combate; mas cuando la halló tan apacible y gozosa, concibió esperanzas de una respuesta favorable. Ella lo aparentaba así; pero estaba en inteligencia con el cielo. Dijo pues á su hermano que si el rey Carlos que le dispensaba la honra de pretenderla para esposa, vivia á la sazón, estaba pronta á darle la mano. No era necesario mas para satisfaccion de uno y otro. Así el rey despues de dar afectuosísimas gracias á su hermana tomó con presteza el camino de la corte. No bien habia llegado, cuando recibió la triste nueva de la muerte de su íntimo amigo Carlos VIII, el cual se hallaba ya en la presencia de Dios cuando Juana prometia darle su mano. De este modo lo refieren los historiadores portugueses; pero no puede conciliarse esto con lo que dicen los franceses, á quienes es mas razonable creer; á saber, que cuando murió Carlos, estaba casado con Ana de Bretaña, la cual por fallecimiento de aquel contrajo segundas nupcias con Luis XII, sucesor del mismo en el trono de Francia.

LI. Teniendo pues por no ocurrido este suceso pasó á contar otro. El rey Ricardo III de Inglaterra ofrecia una paz muy ventajosa al de Portugal con la condicion de que este le diese la mano de su hermana. La pro-

posicion no era de desechar, y todos juzgaban que la princesa debia posponer su bien particular al bien y tranquilidad de todo el reino. Nadie se hallaba mas embarazado que el rey, quien por un lado conocia la firme resolucion de su hermana y por otro veia muy bien que no se eximiria de cargos y aun no se libraria de peligros, si desperdiciaba tan buena ocasion. Determinó tentar segunda vez el vado y no omitir diligencia para ablandar el corazon de Juana, á cuyo fin se encaminó á Alcobaza para rogar á su tia la infanta Felipa que le ayudase en la empresa. De allí marchó á Oporto, á donde se habia retirado la princesa por temor del contagio, é hizo todos los esfuerzos imaginables ya por sí, ya por su tia para vencer la generosa resolucion de su hermana; pero viendo que no adelantaba nada y temeroso de que las monjas la alentasen en su determinacion, prohibió que comunicaran con ella de modo alguno. Esta noticia afligió tanto á la pobre princesa, que cayó al suelo ante la imágen de nuestra señora. En tal estado le entró un sueño muy dulce, durante el cual vió á un mancebo mas hermoso que la luz del dia (era un ángel), quien le dijo que no tuviese ya cuidado, porque era muerto el príncipe por cuya causa la atormentaban. Al escuchar esto despertó, y como si volviese de la muerte á la vida, exhaló un hondo suspiro dando cordiales gracias á la madre de la castidad, porque se dignaba de tener tanto cuidado de ella. A la primera entrevista respondió á su hermano que si vivia el rey de Inglaterra, accedia gustosa á casarse con él, suplicándole por lo mas santo del mundo no volviera á hablar de matrimonio si el cielo no aprobaba aquella boda. De allí á ocho dias recibió el rey la noticia de la muerte del de Inglaterra; lo cual le dejó pasmado, no sabiendo qué admirar mas si el cuidado increíble que Dios tenia de la princesa su hermana, ó las virtudes que ella ponía por su parte para merecerle.

*Margarita de Austria.*

LII. Pondremos fin al discurso de las reinas que han mostrado especial devoción á la virgen Maria, con la serenísima Margarita de Austria, mujer de Felipe III, rey de España, y madre de Felipe IV y de Ana de Austria, reina de Francia. Margarita, á quien puedo llamar justamente la perla de las princesas virtuosas, murió el año 1611 despues de haber hecho una vida santa. En su juventud no pasaba ningun dia sin rezar el rosario con el oficio y las letanias de la Virgen. Despues de casada añadió otras varias devociones y prácticas de piedad compatibles con su estado. Cuando estaba próxima á parir, mandaba decir nueve misas en reverencia de los nueve principales misterios de la Virgen santísima asistiendo ella á oirlas con mucha devoción. Luego que salia á misa de parida, su primer cuidado era ir á rezar á la Virgen y ofrecerle su hijo. El dia de la Anunciación servia la comida por sus propias manos á nueve pobres en reverencia de dichos misterios. Cuando oia que nuestra señora distinguia con su especial proteccion algun santuario, se apresuraba á ir á venerarla en el mismo lugar; de lo que dió buenas pruebas en su largo viaje desde la Estiria á Madrid, pasando por el ducado de Ferrara, donde el papa Clemente VIII la casó con extraordinario júbilo. En muchos lugares de Italia y España se ven las señales de su régia magnificencia y de su singular devoción á la reina del cielo, y seria cosa de nunca acabar si yo quisiera referir todos los hechos en particular. Me contentaré con decir que á consecuencia de esta devoción la colmó la Virgen de tantos beneficios, que con razon puede contarse entre las reinas mas cumplidas cuyo nombre ha llegado hasta nosotros.

*La bienaventurada Gisela.*

LIII. Una de las princesas mas amantes de la madre de Dios fué Gisela, hermana del emperador S. Enrique, y mujer de S. Esteban, rey de Hungría. La divina providencia se valió de ella para hacer á este santo lo que fué, é infundirle el amor y la devoción á la reina de los ángeles; y así es facil de concebir que no le faltarian á la piadosa princesa. Al contrario debemos de juzgar que á persuasión suya hizo el rey su esposo cosas dignas de ser imitadas por todos los reyes y principes del mundo, especialmente en lo que toca al amor de la Virgen. Esta recompensó con las mas generosas finezas los servicios de Gisela. Muerto el rey Esteban, su virtuosa viuda siguió el raro ejemplo de santa Cunegunda, y retirándose á Passau tomó el humilde hábito de religiosa en una abadía de nuestra señora de la orden de S. Agustín y renunció las grandezas y vanidades de la corte, que no habia amado jamás. Despues de dar por algun tiempo pruebas de una virtud singular fué elegida abadesa y puso el monasterio en mejor orden no solo haciendo grandes dádivas, sino dando extraordinarios ejemplos de piedad y otras virtudes y estableciendo sábias leyes. Murió el dia 7 de mayo del año 1093 en gran opinion de santa. La Virgen se propuso hacerla grande en el cielo, así como la habia hecho esclarecida en la tierra.

§. VI.—De la recompensa de la madre de Dios á algunos prelados y otras personas.

I. Confieso que la mayor parte de los favores de la madre de Dios, de que he hablado ya ó de que debo de hablar mas adelante, pudieran bien considerados ponerse en el número de las recompensas que voy examinando.